

# La Capilla siXtina

## EL DESPEGUE

**E**l presidente Suárez se despidió del franquismo el otro día. El muchacho habla preparado las maletas sin prisas, pero sin pausas, paulatinamente iba marginando el recuerdo de Franco en sus discursos, primero una referencia directa, emocionada, después Franco se convirtió en una sombra referencial y en el último discurso estaba enterrado y bien enterrado. El mérito de los cuarenta años de reconstrucción ya no era atribuido al Ausente, sino al pueblo que vivió para contarlo y escucharlo. El discurso de Suárez podía haberse escuchado en España el 16 de julio de 1936 en el mejor de los casos. El 2 de abril de 1939, en el peor. Si se hubiera pronunciado en la primera fecha estaríamos limpios de muerte. Si lo hubiera sido en la segunda nos habríamos librado de la crueldad como madrastra civil de todas las mañanas.

Cuesta arrinconar la pregunta:

—Cuando los rojos saltaban por las ventanas y aullaban de dolor en los sótanos de la tortura o perdían toda una juventud en la cárcel, ¿ya era usted demócrata, señor Suárez?

Pero hacerle esta pregunta a Suárez sería hoy, a estas horas, una injusticia. Suárez, en aquellas fechas, era un aprendiz de brujo. Los brujos eran otros, precisamente otros que para disfrazarse de demócratas no sólo necesitan cambiar de camisa, sino también cambiar de piel. Suárez se ha despegado definitivamente de aquellos brujos y pasa a encabezar un centro más o menos limpio de historia en el que el colaboracionismo con la crueldad y la muerte está mínimamente representado. Más que valor moral, la cosa tiene un inmenso valor político progresivo. Suárez no tiene nada, pero es que nada de altruista. Si apuesta por lo que apuesta es porque los calculadores y las calculadoras le han dicho que el "franquismo sociológico", es decir, la base social que votaría "franquista", no va a ganar las elecciones, sobre todo si los gobiernos civiles en las provincias y los alcaldes en los municipios son controladores controlados de un posible pucherazo.

El compromiso electoral de Suárez ha sido bien recibido por la oposición democrática tradicional, con la excepción de la democracia cristiana gilroblina y de la izquierda no legalizada. La primera se comporta así porque ha hecho sus propias cuentas electorales y prefiere pactar con Suárez a fines de junio, después de las elecciones, con las cuentas separadas. Con la segunda el Gobierno ha cometido un grave error no legalizándola. Queda la posible explicación de que no legalizando a lo que queda a la izquierda del PC se desmoraliza aparte de la base del PC y se le quitan posibles votos "izquierdistas". A ver si es así o si una vez más nos encontraremos ante el enigma de la batalla de las Termópilas. ¿Qué hubiera ocurrido si Leónidas en vez de decir lo de "Caminante, díles que morimos por sus leyes", se hubiera puesto a correr como un loco y hubiera salvado la piel? Enigma eterno.

Ahora bien. Los que de verdad han cogido una perra han sido los franquistas. Fraga queda convertido en la cabeza visible del revanchismo de los brujos y en un armador de espíritu de contienda civil latente. Esa amenaza va a pesar sobre la conciencia del elector y en el momento de depositar el voto recordará la imagen protegible y protectora de Suárez como un auténtico gulo por los infiernos de la decisión. ■

SIXTO CAMARA

## 'Somos un partido responsable'

ocuparía buena parte de su intervención, diciendo que "promete el oro y el moro", pero esa promesa no es realidad más que "el timo del sobre: no hay nada detrás de lo que ellos ofrecen. O, mejor, sí lo hay: la vuelta atrás al franquismo, lo que significa el retorno a las cárceles, a las torturas, a los fusilamientos, a la represión generalizada". El grito habitual de "Fraga, el pueblo no te traga" subrayaría inmediatamente este párrafo.

Bastantes minutos de los empleados por el secretario general del PCE estuvieron dedicados "a los que dicen que somos derechistas y moderados". Recordó primero Carrillo que de eso mismo se le acusó a José Díaz por quienes mantenían que "había que hacer la revolución antes que ganar la guerra". El resultado fue que "perdimos la guerra y la contrarrevolución más negra se abatió sobre el pueblo español durante cuarenta años". Y a los que "ahora dicen que hemos abandonado las ideas republicanas, les decimos que el dilema hoy no es Monarquía o República, sino dictadura fascista o libertad". Una libertad —recordó Carrillo— que "todavía no hemos conquistado", como se deduce de la no legalización de todos los partidos, de la inexistencia de una verdadera amnistía total, de las prohibiciones del 1 de mayo y de Montejurra... Y hay sectores que esperan cortar por la fuerza el proceso democrático, que buscan —como sucedió en la semana posterior a la legalización del PCE— que surja un Pinochet".

Empleando una vez más la argumentación de su informe al Comité Central, Carrillo abordó el "tema de la bandera": "¿Ibamos a levantar la bandera de la guerra civil por una cuestión de colores?". Un enorme "¡Nooo!" surgió del estadio de Las Margaritas: "La bandera del Estado que nos ha reconocido ya no es una bandera enemiga y la acataremos", porque "la guerra civil no la hicimos por un color de más o de menos, sino por conseguir la reforma agraria, para que los trabajadores ocuparan en la sociedad el lugar que les correspondía, para defender la libertad y la democracia". "Y puedo aseguráros —sentenció, siendo acogida su frase de la forma que el mismo Carrillo señalaba después en los vestuarios— que en lo que de nosotros dependa, no volverá a haber en España nunca una guerra civil"... Apoyado por el grito de "¡El pueblo unido jamás será vencido!", el secretario del PCE lo continuaría: "Sí, el pueblo unido no será vencido si no imita a Don Quijote embistiendo con lanzas de madera los molinos de viento..."

"Nos pueden llamar moderados o conservadores, pero lo cierto —recordó Carrillo— es que ya hace veinte años dijimos que el camino era la reconciliación nacional, y ahora estamos viendo sus frutos; también tendimos la mano a católicos y cristianos, y nos dijeron de todo, pero hoy, muchos de ellos están codo a codo con nosotros y ya la Iglesia española no podrá preconizar una 'cruzada' contra la democracia". En este terreno surgió un nuevo punto, el "imprescindible acercamiento entre el pueblo y el Ejército: Es necesaria una política de acercamiento entre ambos para que los fascistas no intenten monopolizar al Ejército, como antes hacían con la religión y con la bandera". Los comunistas se comprometen a propiciar al máximo este acercamiento, y "a ser los primeros en ponerse al lado del Ejército si un enemigo intenta invadir el territorio de nuestro país".

A la hora de definir al PCE, Carrillo fue rotundo: "Somos revolucionarios marxistas, somos el partido de los trabajadores, a los que tenemos que defender con coraje, con valor y con inteligencia". Poniendo un especial énfasis en esta última palabra, pasó a decir que "nuestra política es marchar paso a paso con inteligencia", aunque "de volver la dictadura, el PCE continuaría en sus puestos de combate", porque "seguimos siendo los mismos comunistas de siempre y no hemos renunciado a nada".

Llegaba el momento de la cuestión electoral: "Yo aconsejaría a todo español que vote con arreglo a su pensamiento, que sea sincero, pero que no venda su voto, que no lo sacrifique al miedo y a la cobardía". Lo que se traduce en "no votar a esa colección de figuras de museo de cera que nos presenta Alianza Impopular". Sin solicitar estrictamente el voto para el Partido Comunista, Carrillo sí pidió que se votara "a la democracia", dada la importancia que van a tener las Cortes en su papel constituyente. "Entre los veintitantos millones de electores que hay en nuestro país, habrá bastantes votos para repartir entre las fuerzas democráticas", calculó Carrillo antes de asegurar que "no buscaremos un solo voto atacando o denigrando a otros partidos democráticos", y que las candidaturas del PCE "están compuestas por aquellos que dicen lo que piensan y hacen lo que dicen", por lo que "los trabajadores pueden tener la seguridad de que, de resultar elegidos, nuestros candidatos no faltarán a la palabra que han empeñado".

Con este tono ya abiertamente electoralista, finalizó el discurso de Santiago Carrillo en el mitin de Getafe entre el entusiasmo de sus partidarios, que no se perdieron ni una coma de la media hora larga de disertación y que esperaron a Carrillo y demás oradores a la salida del estadio para estrechar su mano, como si en otro domingo cualquiera se tratase del genial goleador que condujera al Getafe Club de Fútbol hasta la soñada